FA 151.496 (1-M)
SERMON
DE SAN JOSEF DE CALASANZ,
FUNDADOR
DE LAS ESCUELAS PIAS DE LA MADRE DE DIOS,
QUE EN SU CASA COLEGIO DE ESTA CIUDAD
PREDICÓ
EL DOCTOR DON PASCUAL FITA, CANÓNICO
LECTORAL DE ESTA SANTA METROPOLITANA IGLESIA,
EL DIA 27 DE AGOSTO DEL AÑO 1822.
Y LO SACA Á LUZ UN DEVOTO DEL SANTO PATRIARCA
Y AFECTÍSIMO Á SUS HIJOS LOS ESCOLAPIOS.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.
VALENCIA Y OFICINA DE D. BENITO MONFORT.
AÑO DE 1823.
SERMÓN
DE SAN JOSE DE CALASANZ
FUNDADOR
DE LAS ESCUELAS PÍAS DE LA MADRE DE DIOS
Y PARA LA CASA COCÓZO DE ESTA CIUDAD
PRÉDICA
EL DOCTOR DON PASCUAL VÍLCHES
SECRETARIO DE LA REAL SOCIEDAD METROPOLITANA
EN EL AÑO DE 1825
y en el día del voto de su patrón

E. TO BÁCA A LA REAL SOCIEDAD DE SANTO PATRÓN

CON LAS INDICACIONES NECESARIAS

ALFONSO M. O. OFICIAL DE LA ORDEN MONASTERIAL
AÑO DE 1843
¡Cuánto no se ha disputado inútilmente en el mundo sobre la verdadera grandeza! Mas de cinco mil años han transcurrido ya sin que hayan podido reunirse los votos de todas las edades, tribus y lenguas, para decidir cuál es, y dónde recibe sus homenajes este ídolo de la vanidad del hombre. Yo soy grande, dice el rico; porque el oro y la plata acumulan tesoros inmensos en el centro de mi casa y familia; yo lo soy, dice el sabio; porque desde un estrecho recinto sujeto toda la naturaleza a mis investigaciones y desvelos, sin exceptuar lo más recóndito en las entrañas de la tierra, y lo más elevado de los cielos; el grande soy yo, dice el guerrero; porque con el formidable peso de mis ejércitos hago temblar al mundo, y la fama de mis conquistas llega á las islas más remotas de la otra parte del mar. ¿A qué disputarme una gloria que solo es mía? dice el poderoso; hasta mis caprichos son leyes, que obedecen rendidos mis súbditos, y los que no lo son fundan su honor en vivir á la sombra de mi protección. Insensatos! ¿quién ha fascinado vuestras ideas? toda la opulencia, sabiduría y gloria de los mas vastos imperios, y sus ministros, no son sino tristes memorias de que habiendo nacido el hombre para ser grande, ha errado casi siempre el camino que debía conducirle al término feliz de sus deseos:
deseos, que por más que el pecado haya trastornado su naturaleza, conserva siempre en testimonio de que si salió de las manos de un Dios criador, fue con el diseño de volver á las de un Dios glorificador, siendo por lo mismo indigna de un ser inmortal toda grandeza, que destruye el tiempo y consume la muerte. Vos solo, Señor, cuya sublime magestad y soberana esencia reyna sobre las espaciosas llanuras de la inmensidad, presidiendo desde ellas á los pensamientos y acciones de cuantas criaturas murieron y vivirán aun: Vos solo sois grande en Vos mismo y por Vos mismo, y grandes también, pero por participación, los que confiesan vuestro nombre, alaban vuestros atributos y perfecciones, y postrados sobre el polvo de su nada, si levantan los ojos al cielo es para adoraros en espíritu y verdad, y si los fijan en la tierra es para ocuparse en obsequio de las criaturas formadas á vuestra imagen y semejanza. Como las obras y palabras de estos hijos de una predilección eterna todas se dirigen á la santificación propia y á la agena, esto es, á hacer amable á sus próximos la hermosura de la virtud, después de haberle ellos consagrado sus cariños y obsequios; por eso se presentan ennoblecidos con la augusta divisa de una feliz inmortalidad, y adquieren de justicia el derecho de sentarse con Jesucristo en el mismo reyno que le preparó su Eterno Padre. Bien pueden vivir pobres, humillados, perseguidos; bien pueden caminar sobre las espinas de la tribulación, penitencia y angustia; bien pueden morir en brazos de la necesidad y del olvido: día vendrá en que sus virtudes propias, y las que infundieron en los demás con su ejemplo y doctrina, los vengarán del abatimiento, obscuridad y desprecio en que los envolvió el torrente impetuoso de las pasiones coligadas para impedir los esfuerzos de su confianza en la misericordia del Altísimo, coronando sus suenos con laureles inmuesibles de gloria, escribiendo sus nombres con caracteres de oro sobre los pórticos de la Jerusalén Celestial, y grabando sobre su frente el dictado de grandes en el reyno de los Cielos. Qui fecerit
et docuerit hic magnus vocabitur in regno Cælorum: así está escrito, y nada menos que el espíritu de verdad quien lo dictó: lenguage obscuro y humilde para los hijos del siglo y de las tinieblas, idólatras del amor propio; pero claro y sublime para los hijos de la luz y de la revelación que desde la cuna al sepulcro ofrecen el sacrificio de sus talentos y de su corazón en las aras de la fe y de la caridad; él encierra cuanto puede hacer dichoso al hombre en los días del tiempo y peregrinación, y grande en los de la eternidad y de la patria.

Del número, pues, de estos afortunados espíritus que jamás doblaron su rodilla al respeto humano, ni temieron las amenazas y dictierios, ni alimentaron ociosos los talentos de su sabiduría: de estos espíritus agobiados con el cansancio de trabajar en la viña del Dios de Sabaot; infatigables en procurarle operarios fieles; consumidos por dar á la oración el tiempo destinado al sueño; siempre activos y vigilantes en aprovecharse ellos mismos de los documentos y exhortaciones que daban á otros; fue uno de los más célebres Josef de Calasanz, ó por mejor decir, Josef de las Escuelas Pías de la Madre de Dios: título humilde que tomó él mismo para no llamar la atención con el noble de su prosapia. Sí, Josef, tierno objeto de la presente festividad, fue el que renunciando á las halagüeñas esperanzas de una opulenta fortuna que le proporcionaban sus riquezas, ilustre genealogía, y dotes preciosos de cuerpo y alma con que le había distinguido el Autor de la naturaleza; no solo se dedicó como hombre á hacer buen uso de su razón clara y despejada, y de su corazón tierno y sensible á las miserias de la humanidad, en términos de ser desde muy niño la admiración y egemple de cuantos se empeñaron en hacer la anatomía moral de las facultades de su alma; no solo se esmeró como cristiano en guardar las solemnes promesas del bautismo, y en adquirir y practicar las virtudes, pudiéndose asegurar que su patria contaría la época de sus timbres desde el día de su nacimiento; no solo ejerció como Sacerdote las fun-
ciones de tan alto ministerio con la pureza y fervor inseparables de su exacto cumplimiento hasta el extremo de ser buscado con ansia a la edad de solos 28 años por los Prelados y Obispos para director y reformador del Clero; sino que aspirando a unirse mas estrechamente con el Dios redentor, y los hombres sus hermanos redimidos, medita movido de un impulso superior y del todo celestial, levantar un sagrado asilo, no en los bosques para llorar pecados, que nunca cometió; no en un claustro cuyas verjas cerradas con candados de bronce anunciasen su divorcio con el siglo; sino en medio de un mundo corrompido para santificarlo con sus egemplos, y de un mundo ignorante para ilustrarlo con su enseñanza: empresa árdua por cierto, y por la que tendrá que combatir con muchos enemigos tan antiguos como el mundo: enemigos astutos para alucinar y sorprender; diestros en hacer que los que profesan virtud, ya que no sean viciosos, dejen de ser perfectos; hábiles en ocul-tarse para disparar con mas seguridad las flechas de su encono; ufanos, en fin, por los triunfos que en todas edades han conseguido. Sin embargo Calasanz apoyado en la fuerza irresistible de la diestra del Altísimo se opondrá á sus halagos y prestigios; peleará contra sus máximas y preocupaciones, y conservará en medio de esta porfiada lucha tan inalterables su caridad y paz interior, que casi podrá asegurarse, que ignorando si combatía, se halló ya con la palma de la victoria en las manos, y no os parezca exageración; había echado en su alma tan profundas raíces la fe, que según las pro-mesas del Evangelista Juan debía vencer: hae est victoria, quae vincit mundum fides nostra; siendo el mismo mun-do convertido por sus obras, é instruido por sus leccio-nes, la prueba menos equívoca de que sería contado algún día entre los grandes del Cielo: y si bien en el obrar puede compararse Calasanz con los mayores Santos, en el enseñar hay pocos Santos que puedan compararse con él; ya por el porfiado encono del infierno contra sus proyectos; ya por aquel contínuo clavo que atrave-
saba su corazón viendo el poco interés que al parecer tomaba el Cielo en la subsistencia de un instituto aprobado por el mismo Cielo; y ya en las utilidades que proporcionaba a los órdenes político, civil y eclesiástico: utilidades que no acabaron con su vida; sino que duran y durarán mientras haya Escuelas Pías, en cuyos maestros revive el espíritu del fundador. Sí, este Apóstol de la Juventud para mí no ha muerto, al modo que después de arrebatado Elías sobre las nubes, parecía no haber faltado en la tierra aquel su celo contra las abominaciones de la idolatría, y aquellos sus desvelos en la enseñanza de la ley con solo haber quedado en ella Eliséo su discípulo y heredero de su espíritu. Digámoslo, pues, de una vez: una vida activa en adquirir virtudes y propagar la gloria del Dios de las virtudes: una vida ocupada en santificar al mundo, y en arrancar de sus ojos el denso velo que le impedia ver la hermosa luz de la sabiduría: qui fecerit et docuerit; ved aquí las dos partes de la oración.

Autor y consumador de la gracia, que a los que desean obrar la justicia te anticipas á sus deseos: fuente de sabiduría, que a los que se proponen comunicarla en vías raudales de inteligencia: haced que de ambos preciosos dones, de que tan útilmente supo aprovecharse Calasanz, nos aprovechemos nosotros imitando su conducta: este favor os pedimos por la intercesión de vuestra querida hija María, saludándola con el Ángel

**AVE MARÍA.**

**PRIMERA PARTE.**

Si el Señor hubiera destinado á Calasanz para vivir solitario, renovando los antiguos prodigios de la Nitria y Tebaya, hubiera sido su carácter una alta contemplación y una asombrosa penitencia: si para mártir, dando á los Ángeles y á los hombres un espectáculo digno
de los primeros y más alegres días de la Iglesia, hubiera sido la intrepidez y constancia el distintivo de la Religion por quien moría: si para Doctor, descubriendo los misterios de la Teología y las sendas que conducen a la perfección, el espíritu de sabiduría y unción dominaría en su pluma y sus labios; pero habiéndole elegido Dios para Padre y Fundador de una Orden que exigía en sus hijos y alumnos una práctica constante de todas las virtudes para su santificación propia y la agena, y un celo activo, universal y prudente, acompañado de grandes luces y talentos para hacer concurrir y amable la enseñanza pública, principal objeto de su instituto, es visto que Josef de Calasanz no podía llegar al término feliz de su proyecto, ni coger abundantes los frutos de su caridad, sino uniendo bajo un raído manto y sotana toda la oración y penitencia de los que se sepultan en la soledad de los bosques; todo el valor y firmeza de los que sufren dictierios, afrentas, la muerte misma; y todo el estudio necesario a la dirección y aprovechamiento de los diferentes ramos de su admirable plan, que como otros tantos arroyos desprendidos de las montañas eternas fecundizarían el dilatado campo del Estado y de la Iglesia. Así es, y así puntualmente se verificó. En efecto, lo mismo fue salir a la luz del mundo entregando su corazón a Dios desde la mañana de sus días; lo mismo fue dirigir sus pasos todavía tiernos al monte de la santificación, descubriendoles á beneficio de una voz interior las sendas torcidas que guían al precipicio: lo mismo fue entonar sus balbucientes labios la oración vocal del rosario, ejercicio que continuó diariamente hasta el último aliento; lo mismo fue declarar á los cinco años de edad guerra abierta al demonio sin otro motivo que saber era un enemigo capital del Dios de sus sentidos y potencias: lo mismo fue recibir corporalmente en su pecho por la vez primera la plenitud de la Divinidad, convite celestial á que asistió siempre en los días festivos á lo menos: en fin, lo mismo fue traslucirse por una multitud de acciones y discursos, que venia al mundo
marcado con el sello de una santidad eminentemente privilegiado para el gran destino de cuidar y dirigir una inmensa familia, cuyo número excedería a las estrellas del Cielo y a las arenas del mar; cuando padres, hermanos, vecinos y forasteros fijaron en él una mirada de admiración y respeto, resonando por los montes y valles de Peralta de la Sal los mismos ecos que por los de Hebrón en la Palestina al nacer el Bautista: ¿Quis putas puer iste erit? ¿Quién juzgáis será este niño algún día? Y con razón; porque sus padres altamente penetrados de la necesidad que tiene un corazón tierno donde todavía no han hecho la menor impresión los vicios, de cerrar sus puertas al lenguaje disoluto del siglo, á las caricias de la lisonja y á los escándalos de los prevaricadores; procuraron separarle de todo trato, conversación y amistad que pudieran forzar el santuario de su inocente alma, y robarle el precioso tesoro de la estola cándida de la regeneración divina. Aun más: persuadidos á que en el templo hallarian una elocuencia muda, sí, pero más persuasiva que la de las exhortaciones, se la hicieron desear y oir, y en ella aprendió la nada del hombre en los sepulcros que pisaba, la santidad del hombre en las imágenes que veneraba, la grandeza del hombre en los ritos, cánticos, sacramentos y ceremonias del culto que miraba, y la magestad y poder de un Dios hombre entre los misteriosos velos de la Eucaristía que recibía. Aprended, padres, á unir la vigilancia con la instrucción, y el amor de la naturaleza con el amor de la piedad, para que el fuego abrasador de las pasiones de la juventud no marchite las virtudes nacientes que como hermosas flores adornan la infancia. Esto supuesto, ya no extrañareis que Josef desde la primavera de su vida por todas las ciudades y villas á donde le condujeron la obediencia, el estudio y la caridad, dejase vestigios, ó dolorosos por sus austeridades, ó agradecidos por su beneficencia, ó inmaculados por su pureza, ó asombrosos por la multitud y variedad de virtudes, que como otros tantos Ángeles tutelares le acompañaban para gloria y
mérito del que las poseía y utilidad y ejemplo de los que las miraban.

En efecto, ¿qué caridad con el prójimo hambriento como la de Calasanz cuando aun ignoraba si había necesidades en el mundo? Dígalo Peralta sin trigo; pero con la alegre e inesperada noticia dada á su padre, de sobrar por la tarde el pan de que carecía por la mañana. ¿Qué prudencia y sufrimiento en las injurias sin haber ofendido á nadie, antes edificando á todos? Díganlo Estadilla y su juventud insolente, que al fin tuvo que convertirse en apologista e imitador de las mismas virtudes que despreciaba. ¿Qué penitencia tan rigorosa sin ser delincuente? Dígalo Lérida, donde sus continuas sangrientas disciplinas, cilicios, ayunos y vigilias anunciaban los ardientes deseos de apurar hasta las heces del caliz amargo de la mortificación. ¿Qué castidad tan á prueba de tan halagüeño y atractivo del amor? Dígalo Valencia, donde por las circunstancias del enemigo que provocándole al combate se lisonjeaba vencerle, logró un triunfo digno de los primeros héroes de la castidad. ¿Qué modelo de desinterés y generoso desprendimiento de los honores y bienes del mundo? Dígalo Alcalá de Henares, donde luchando entre su horror á las riquezas y la voluntad de su padre, convidándole con las de su casa por muerte de su querida madre, y del primogénito sin hijos, sufocaron al fin sus ingeniosos ardides los estímulos de la naturaleza y las comodidades de una brillante fortuna.

Pero si tan irreproducible y admirable se deja ver Calasanz en su vida privada y á los 24 años de edad, estación peligrosa mas propia para hacer del corazón el asilo de las pasiones, que el santuario de las virtudes; estación arriesgada, en que la concupiscencia logra hablar el lenguaje falaz del deleite, y es oída con entusiasmo; ¿qué diremos, cuando revestido ya del augusto carácter del Sacerdocio se miró ennoblecido con la excelencia de un ministerio que el mismo Salvador no ejerció sino por misión de su Eterno Padre, y que nadie puede
desempeñar dignamente sino por la misión de su Eterno Hijo? Ah! desde aquel día feliz, en que por la vez primera abrieron sus labios las puertas del Cielo y bajó á sus manos el Verbo Encarnado para entrar en su pecho, no como antes en calidad de siervo fiel, ó de un simple convidado á la mesa del Cordero, sino como un Ángel visible en la tierra, como un dispensador de los preciosos frutos de la redención, como un Evangelio, en fin, animado, cuyos ejemplos y virtudes difundirían por todas partes el suave olor de la unción divina, y por todas partes dejarían testimonios de su integridad, celo, sabiduría y amor, ¿qué objetos tan halagüeños é interesantes no se presentan á mi imaginación?

Yo le veo dar en Albarracín al clero secular y regular pruebas las menos equivocas de lo mucho que se interesaba no solo en las buenas costumbres, sino tambien en la perfeccion de ellas, creyéndose siervo inútil en medio de inmensas fatigas: yo le veo entrar por los soberbios salones de Monzón cercado de aplausos arrebatando la admiración de los primeros personages de las Cortes por haber sugerido las instrucciones mas útiles y trazado el plan mas oportuno de la deseada reforma de los Agustinos, y siempre humilde, aunque condecorado con los títulos de Teólogo y Consultor: yo le veo apagar en Monserrate el fuego de la discordia, que encendido á soplitos del espíritu de partido entre los subditos de la jurisdicción temporal de aquel célebre monasterio, amenazaba acabar con los del siglo y del claustro, y siempre fiel secretario, no obstante las dádivas y amenazas para corromperle: yo le veo romper en Barcelona con el golpe solo de un matrimonio legítimo debido á su santidad y prudencia el arco y la flecha de la venganza y furor contra un amante, que arrebató á una joven incauta del seno de sus padres, y contra los deudos y amigos del seductor que se negaban á otra satisfacción que á la del yerro y el fuego; y siempre confuso y aturdido por los elogios que recibía de la Corte, de la ciudad y aun de los mismos facciosos: yo le veo
correr á Peralta, dejando desconsolados en Cataluña al Obispo de Vich y al Ministro Regio que en nombre del Rey le suplicaban no se ausentase, para recibir los últimos suspiros de su moribundo padre, y asistir á las exequias con aquella tranquilidad y paz interior, que sin faltar al amor filial, inspiran los inescrutables decretos de la Providencia; y siempre extático y contemplativo en medio de los cuidados domésticos y distribución de sus rentas: yo le veo, en fin, marchar á Urgél, Urgél, ah! ¡qué nombre tan triste en los fastos de la historia de aquel siglo! teatro donde la ignorancia y codicia representaban los primeros papeles: bosque sombrío habitado de fieras igualmente prontas á devorar la mano fuerte que las refrenaba, como la bienhechora que las halagaba; campo abierto por donde corrían las pasiones exaltadas sin freno: tal era Urgél y tan grande la corrupción de su moral y sus costumbres. Á esta ciudad, pues, parte Josef solicitado de su venerable Obispo que inconsolable lloraba los excesos de Sion y los escándalos de Samaria; parte, pero no como un rayo desprendido de las manos de un Dios vengador de tantos insultos y agravios, sino como una nube benéfica destinada á derramar las saludables aguas de la contrición y penitencia. En efecto, ya Vicario de Tremp y sus 72 Iglesias parroquiales, ya visitador de los pueblos hácia los confines de Francia, ya Juez, Provisor y Vicario General de toda aquella vasta Diócesis; en cualesquiera destinos y en todas partes, como Apóstol en sus peregrinaciones, Mártir en su constancia, Doctor en su sabiduría y Profeta en sus vaticinios: á unos convierte con la dulzura, á otros aterra con su indignación; al lego le hace ver atropellados por sus insolencias los derechos de la sociedad; al sacerdote envilecida por los tráficos y simonías la majestad del santuario; á los niños instruye en los rudimentos de la fe; á los adultos descubre y aclara sus misterios; á los ancianos en fin, consuela por haber mantenido sin menoscabo el depósito de la religión que les transmitieron sus padres y abuelos. Ni le acobarda la
noche, ni teme al obstinado, ni le asustan los valles y precipicios, ni perdona á trabajo alguno con tal que restituya la alegria al rostro antes triste de la hija de Sion, que vea abrirse frecuentemente en los templos las puertas de la reconciliacion, y que broten de los áridos peñascos del Pirineo, secundos en rusticidad y barbarie, los preciosos frutos de la educacion, piedad y obediencia. ¡Oh, Calasanz, héroe infatigable! ¿Dónde aprendiste la dificil quimica de convertir los brutos en hombres, los hombres en cristianos, y los cristianos en santos? ¿dónde hallaste el secreto de renovar la faz de los inmensos valles y poblados de Urgel, poco antes objeto de desprecio y horror, en objeto despues de admiracion y alabanza? ¿dónde? en su penetrante ingenio, en su consumada prudencia, en su destreza en el manejo de las empresas arduas, en su corazon naturalmente benéfico. Pero no, cristianos, que esto seria ofender la modestia de Calasanz, esto seria herir en lo mas vivo su profunda humildad. Del Cielo bajó aquella fuerza irresistible que tronchó los mas robustos cedros de iniquidad; del Cielo vino aquel suave rocío de la gracia que ablandó la dureza de los corazones mas empedernidos. Hablemos sin figuras, Dios era el autor y consumador de aquellas milagrosas transformaciones en el orden de la naturaleza y de la gracia, y no solo lo confesaba asi Calasanz, sino que hasta el mérito de los ayunos, lágrimas, oraciones y penitencias, instrumentos visibles del triunfo, todo publicaba debérselo á Dios.

Pero ¡ah cristianos, que una mano invisible va á arrebatararnos este precioso tesoro! este vaso de eleccion lleno de los suaves aromas de santidad y sabiduría, va á embalsamar regiones distantes. La pequeña Italia es la preferida entre vastos imperios para recibir uno de los dones mas exquisitos del Dios de las misericordias. Sí, Roma, afortunada Roma; bien puedes abrir tus puertas á un Sacerdote peregrino, que camina á pie, falto de las prevenciones del siglo; pero cargado de las riquezas del Cielo: en medio de tantos monumentos
como te hacen célebre, él levantará algún día otro que
será tu honor y gloria.

En efecto, como aquella Ciudad renueva memorias
capaces de avivar el fuego del amor á Dios, y presenta
ocasiones de ejercitar el que se debe al prójimo, al
fijar Calasanz sus ojos sobre un suelo regado con la san­
gre de tantos ilustres defensores de Jesucristo, visita día
y noche aquellas lóbregas, pero venerables, estancias,
sagrado depósito de los preciosos restos del valor y la
fe, que se salvaron de la crueldad de los tiranos, lison­
geando su corazón con la dulce esperanza de lograr al­
gun día unir sus cenizas con las suyas; de aquí aquel
multiplicar los ayunos, vestir cílios, y azotarse hasta
derramar la sangre para ofrecerse víctima de la morti­
ficación, ya que no lo era del martirio. Al ver los cuad­
dros y estatuas de los Felipes Neris, Bernardino de
Sena y otros consumados maestros en la escuela de la
caridad, escribe su nombre en las cofradías de mayor
trabajo y piedad, de cuyos ejercicios era como el al­
ma y el espíritu vivificador, eclipsando con su tesón
y celo más allá de lo que exigían los estatutos, la fama
de sus ilustres fundadores; de aquí aquel entrar
en las casas donde ocultos el rubor y la necesidad es­
peraban quien enjugase sus lágrimas; aquel detenerse
en las calles, plazas y templos instruyendo en las ver­
dades del catecismo á toda clase de niños, artesanos,
mendigos del campo y de la ciudad, oyendo sus con­
fesiones, y mejorando sus costumbres con solo acer­
carse á su nuevo director; aquel abrir las puertas de
los calabozos para arrancar con mano compasiva las
crueles armas de la desesperación y la rabia con que
algunos delincuentes pretendian eludir el castigo público
de sus delitos; aquel visitar frecuentemente los hos­
pitales, acallando con limosnas y con dinero propio los
contínuos ayes del dolor y de la enfermedad, y los
tristes gemidos del demente y expósito; aquel, en fin,
aumentarse el número de individuos de la Congregación
de los Santos Apóstoles de los tiempos de Pío IV, y
de la doctrina cristiana bajo los auspicios del Cardenal de Medicis.

Pero no necesita Josef de acudir á las catacumbas de la venerable antigüedad, ni dar su nombre en las cofradías mas célebres para desahogar las continuas avenidas de su ardiente caridad. Hubo días amargos en que volando sobre los muros de Roma el Ángel exterminador, desenvaynada la espada de la gran mortandad, amenazaba reducir á un espantoso páramo la metrópoli del mundo: Josef ve á la muerte correr por las calles y plazas arrebatando víctimas, todavía palpitando, de toda clase, condición y sexo; al instante prepara un jumentillo cargado de provisiones: entra donde hallaba abiertas las puertas, y donde estaban cerradas, escala las ventanas; aquí consuela, allá socorre, en unas partes confiesa, en otras administra el viático; no hay lugar oculto que no registre, ardid ingenioso que no emplee; y con el sacrificio del altar alivía en el otro mundo á los infelices que no pudo en este; de modo que á vista de su intrepidez y denuedo la misma epidemia le respeta, huye á sepultarse en los abismos de la nada, y deja vivos á los que habia jurado contar entre los muertos; ¡qué serie de obsequios á la humanidad doliente y consternada! ¡qué bienhechor de la sociedad y de los derechos que ella reclama de los conciudadanos! Pero no creáis por esto, cristianos, que el trato con las criaturas le hacia olvidar el trato con su Criador. Los densos vapores de la disipación y tibieza que se levantan en la vida espiritual de las concurrencias del siglo, nunca ofuscaron ni sorprendieron una alma desasida de los negocios temporales del siglo: entre millares de objetos capaces de perturbar y distraer, conserva en paz los dones de la vida interior, que no están precisamente vinculados á los desiertos; y abismado y absorto en su propio conocimiento, ya al pie de los altares, ya en el silencio de la noche, derrama su alma en la presencia del Señor, se enternece, y en continuados delíquios de gratitud y de amor se confiesa indigno de que le haya elegido ins-
trumento de sus misericordias: en medio de tan repetidos éxtasis, ¿qué sería ver dulcemente agitadas las virtudes sobre cuál dominaría en el corazón de Calasanz, y cautelosas al mismo tiempo de que no las vieran nadie para no ofender su modestia? ¿qué sería ver á este hombre, á este Serafín, cuando acalorado y derretido su pecho en el fuego del amor más puro, y fijos sus ojos en la imagen de un Dios moribundo, ni se acuerda de los pobres á quienes acababa de socorrer, ni de los parabulitos que eran su alegría; de nada, ni aun de sí mismo se acuerda, tan sublime era su contemplación. Supuesta esta multitud y variedad de virtudes raras y difíciles de adquirir, y mucho más de conservar, estrechamente hermanadas, pero sin chocar en sus diferentes direcciones, siempre activas, pero sin perjuicio de la paz y reposo del alma: á vista de los felices efectos del talento, prudencia y dulzura de Calasanz, dones manejados con tal tino, que ni el celo impetuoso, ni la bondad forzada traspasaron jamás los límites que prescriben la razón y la ley. ¿cuántos elogios esperarían impacientes ceñir sus sienes de honor y de gloria? no hay duda, y esta es la conducta del Dios de las consolaciones, que esparce flores sobre los mismos caminos que poco antes cubrió de espinas. Los montes y los valles repiten con admiración los ecos de las alabanzas que tributan á Josef los pueblos y las ciudades; los que observaban las operaciones de su vida pública, como los que no paraban hasta descorrer el velo que encubría las de su vida secreta; los pobres con acentos humildes, pero francos y sinceros, y los ricos con dádivas y ofrendas; la tierra en fin, y los cielos, aquella con homenajes y recompensas, y estos con rafagas de luz y milagros, todos se empeñan en dar un testimonio solemne de la santidad de Josef.

Así es, cristianos, como la Providencia, atenta siempre á manifestar de un modo extraordinario el imperio de la gracia, disponía las cosas para el cumplimiento de los grandes designios sobre una alma grande también. En efecto, llega aquel suspirado día, en que se le des-
cubre á Calasanz con toda claridad el misterio de su vocacion. Es cierto, que ya en España oía en su corazón estas repetidas palabras: ve á Roma, ve á Roma; igualmente es cierto, que en Asís le mostró el Patriarca Francisco tres hermosas doncellas representando la pobreza, castidad y obediencia con quienes celebró un místico desposorio; pero todavía el Cielo no había manifestado su voluntad sin figuras ni enigmas, hasta que por fin rompiendo la voz Gregorio XV, á quien el Santo profetizó la Tiara, se proclama solemnemente la hasta entonces solo estrecha alianza de Josef con los suyos, Religion verdadera con todos los caracteres de un nuevo cuerpo de defensa en la Iglesia militante; y con el estupendo prodigio á mas, de proteger la Orden y sus hijos, declararse su apologista, y dejar todos sus bienes para la subsistencia y progresos, aquel mismo Cardenal Ángel Toti, que poco antes era su enemigo. Desde esta época memorable, los presagios y anuncios se convierten en realidades, seprárase Josef y los suyos de la Congregacion Luquesa: la Paulina con sus votos simples cede también su lugar á otra mas preciosa con votos solemnes, y Calasanz poco ha Prefecto es ya un General. ¡Días de inmortal memoria el 18 de Setiembre, y 31 de Enero de 1622 y 28! desde entonces se trasplantó en el jardín de la Iglesia aquel árbol, que frondoso ya desde los principios, y abundante en sabrosos frutos de virtud y sabiduría, extendió en breve sus ramas por toda la Italia, y mas allá de los montes y los mares: desde entonces se confirmó á los Ángeles en el ministerio que ya antes tenían de acompañar á Josef en la enseñanza de los niños: desde entonces entonaron los espíritus celestiales sobre el Vaticano himnos de alabanza por el triunfo que acababan de lograr la fe y el estado contra los enemigos de la piedad y de la instruccion pública: desde entonces, en fin, se congratularon la nobleza y el clero, los Prelados y Cardenales con el Sumo Pontífice, por haber dado el pulimento y la última mano al grandioso edificio político-religioso, cuyos ci-
mientos anunciaban no ceder a los mayores ímpetus del infierno, ni á la voracidad del tiempo que todo lo consume.

Calasanz, Calasanz, dilata tu pecho oprimido tanto tiempo; ya llegaste á la cumbre del monte de la santificación donde subias por sendas desconocidas para ti, pero seguras por la mano superior que te guiaba; sin embargo bajarás muchas veces, casi de contínuo, mas fervoroso para la vida activa, mas extático para la contemplativa, y mas intrépido contra los monstruos que pretenden robar tesoros tan preciosos. Sí, bajarás para dar testimonio de aquella soberana Providencia que te volverá más panes y dinero del que distribuías en los pobres; para entrar en Cascari con el ramo de la paz de Jesucristo extinguiendo odios y discordias; para aumentar casas y Colegios de la Orden, cuyos individuos empapados de tu espíritu disipen por todas partes las tinieblas de la ignorancia, y por todas partes difundan el olor de tus virtudes para anunciar en calidad de Profeta sucesos, ya prósperos, ya adversos; pero siempre á gloria de Dios y honor tuyo; para abrir y cerrar los sepulcros según tu voluntad con las llaves de la vida y de la muerte; para que humee el agradable incienso de la castidad y pureza en aquellos mismos altares levantados á la prostitución donde solo se ofrecía el de la obscenidad y lascivia; á calmar el ímpetu de las tormentas, que pretenden sumergir en las aguas á los desgraciados navegantes; bajarás, en fin:: pero ¿á dónde voy? años y mas años de estupendos milagros, y continuos ejercicios de amor á Dios y al prójimo, de conversiones asombrosas, de una práctica nunca interrumpida de todas las virtudes, sin que las enfermedades, ausencias y gravísimos negocios impidiesen ó retardasen su ejecución, dejando por donde quiera que caminaba, ó vestigios sangrientos de su penitencia, ó pacíficos san- grientos de su generosidad, ó admirables de su constancia. Ah! toda esta gran mole no cabe en la esfera de la memoria, ni en los estrechos límites de un
panegírico. Pero ¿qué negra nube se levanta de las cenagosas lagunas de la envidia y los celos, que amenaza descargar su furia sobre el corazón de Josef, obscurecer la serenidad de su amable rostro, y alterar la tranquilidad de su espíritu en los días de su mayor alegría? y lo peor es, que la tempestad crece á proporción de la falta de recursos que impidieran sus progresos; pues uniéndose los favorecidos á los enemigos, estos á los sencillos é incautos, y hasta la virtud misma, equivo-cándose en el modo de encontrar la verdad y la justicia, el fuego que unos encienden á soplos de la emulación y la mentira lo mantienen otros con el pábulo de la credulidad y seducción. ¡Pobre Calasanz! como una nave agitada de los vientos en medio un mar borrascoso, que después de oír sus sordos bramidos precursores del naufragio, viene al fin á estrellarse contra una alta roca; así me parece ver al Job de la nueva alianza, que después de haber sufrido contínuos embates de la cavilación, odio, venganza, ingratitud y represiones amargas de los extraños, que bajo el especioso velo de reforma, ocultaban los mas atroces ultrajes y calumnias; y de los domésticos, que como víboras despedazaban el seno mismo que les dió el ser, se estrellan por último su honor y su fama contra las tapias de la Inquisición; la que es conducido en clase de reo: ¡os pasma, cristianos, la violencia de este huracán maligno que así arranca de su sitio los mas robustos cedros? pues oíd todavía más: el Cielo aun truena sobre la cabeza de Josef; aunque justificada su inocencia, confundidos sus émulos, restituido á su pobre albergue con toda la pompa y aparato de un triunfo, y hecha mas pública su exaltación que lo había sido su abatimiento, sus enemigos no desisten del empeño de perseguirle, multiplican los recursos; y todavía las provincias y la misma Roma nada saben, cuando ellos saben ya la extinción de la Orden, y las consecuencias que se seguirán, semejantes á las de un edificio material, que al desplomarse, envuelve entre sus ruinas á cuantos habitan en él.
Tres hombres nacidos con todas las disposiciones para hacer gemir la inocencia, contrarrestar la virtud, y enroscarse como sierpes astutas en el trono mismo donde se sienta el oráculo de la verdad: hombres condecorados con lo ilustre de sus destinos, temibles por su ingenio emprendedor y cauteloso; venerados por la apariencia de una piedad áustera; prácticos en el arte de disimular sus intenciones perversas con sentimientos de una falsa virtud; astutos para retirarse, y callar esperando mejor tiempo para presentarse al público y gritar; artificiosos en colorear su inobediencia a la sagrada congregación con pretextos que aparentaban obedecerla; ayudados, en fin, de tal conjunto de circunstancias, que al mas político le harían formar el infalible presagio de la destrucción eterna del Orden sin esperanzas de volver a levantar. Estos tres poderosos enemigos fueron de quienes se valió la Providencia, siempre inescrutable en sus juicios, para que las Escuelas Pías no fuesen ya religión, que sus maestros pasasen á otra ó se secularizarasen, y que Calasanz dejase de ser General. Aquí sí que llamo vuestra atención; porque este golpe fue el mayor, el único que podía estremecer y abatir un corazón superior hasta entonces á los mayores golpes. En efecto, ¿qué doloroso no sería para un operario infatigable ver caer de repente la obra de cuarenta años de trabajo? ¿para un pastor amoroso ver descarríarse las ovejas expuestas á la voracidad de los lobos fuera de su redil? ¿para un padre solicitó de la educación y virtudes de sus hijos infantes aún, verlos abandonados, dispersos, arrancados como por fuerza de los brazos de sus preceptores y maestros? ¿para un Apóstol celoso saber que los obstinados herejes, que en sus escuelas abjuraron sus escándalos y errores, se exponían á volver á las sendas antiguas de sus infidelidades y prevaricaciones? ¿para un Sacerdote amante del decoro del sagrado ministerio, tropezar por las calles con las piedras dispersas del Santuario, sirviendo tal vez de escándalo en el siglo á los que antes servían de ejemplo en el claustro?
¿para un superior, en fin, ver que se le obliga á obedecer? pero no, esta reflexión está muy lejos de su memoria: á Calasanz solo le interesa el bien de la patria, la gloria de Dios, la salvación de las almas: el mundo y sus honores no tienen la menor parte en sus nobles y sublimes sentimientos; por lo mismo, aunque ofendido el primero, es el primero en dar gracias á Dios con las mismas palabras del afligido Príncipe de Hus, por el breve de supresión que acababa de firmar el Pontífice Inocencio X; el primero en escribir á los Provinciales y Rectores que obedezcan á los nuevos superiores y asistentes, y el primero en prestarles también la obediencia de rodillas.

Oh noche! tenebrosa noche del 17 de Marzo de 1646, en que la horrenda tempestad de las mas atroces imposturas conmovió hasta los fundamentos el Colegio de San Pantaleón en Roma al ímpetu del rayo destructor del instituto y sus profesores: tú serías digna de execración y de un eterno olvido si no fuera porque de ti se valió, para mayor timbre de Calasanz y sus hijos, aquel Señor que sabe sacar la luz de las tinieblas y la gloria del centro del abatimiento. En efecto, cuanto excede la misericordia de Dios á la crueldad de los hombres, que nada menos es, que una distancia infinita, así sobrepusieron los consuelos y favores de lo alto en obsequio de Josef á las tribulaciones de la tierra: podríanse citar ejemplares pasmosos de esta verdad: ya en curaciones milagrosas; ya en socorros inesperados cuando mas estrechaba el hambre; ya en extraordinarios respetuosos obsequios de Príncipes, Cardenales y Papas; ya en continuos éxtasis, preludios de su eterna felicidad, y esto en los días mismos en que la iniquidad semejante á un león furioso despedazaba el honor, la virtud y los talentos de Calasanz; pero basta uno, que aunque singular, excede á todos. Oh! qué día, qué hora tan dichosa para Josef cuando orando en la Iglesia con los niños, con sus amados hijos, diré mejor, se le aparece entre ráfagas de luz, y acompañada de espíritus angélicos la
Virgen María y en sus manos el dulce Jesús, que levantando la suya con una magestuosa sonrisa bendice al pastor, y á las tiernas, inocentes y humildes ovejuelas de su rebaño; ah! cristianos, es preciso tener una alma muy desprendida del mundo, y muy embebida en las delicias del cielo para comprender qué nuevas ilustraciones superiores á las antiguas, qué caridad más ardiente que la que hasta entonces le dominaba, entran en su entendimiento y en su corazón con más rapidez que la de un caudaloso río al precipitarse de la cumbre de los montes. Mármoles, lienzos, cincel y buril, transmitid á la posteridad un honor, una gloria, que por mas que la humildad de Calasanz la atribuyese á la sencillez y candor de sus discípulos, no los merecía sino la santidad del maestro; pero si la Religion de las Escuelas Pías no es ya la misma que hasta entonces, Josef siempre es el mismo, nunca desmiente su carácter; mejor diré: Ahora es cuando sobre las ruinas de la órden y sus reglamentos se presenta mas digno de admiración y respeto; no por sus nuevos milagros, de los cuales ya había obrado muchos; no por sus éxtasis y raptos, de cuya clase ya los altares y su oratorio habían visto repetidos; no por disimular, y aun olvidar las injurias y denuestos, generosidad y propension natural de que tenia dadas muchas pruebas; sino por haber llevado el perdón de los agravios y el amor á los enemigos al mas alto grado de la perfeccion cristiana, y precisamente en un tiempo en que las furias del abismo se habian desencadenado contra su honor, sus hijos y constituciones: en un tiempo en que ni su mansedumbre, su justicia, sus reclamaciones y patronos pudieran impedir las causas y los efectos de la mas refinada malicia: Josef felicita á sus rivales por sus nuevos ascensos, se postra á sus pies, les suministra cuantiosas limosnas sabiendo que las convertirán en armas para sus inicuos proyectos, no sale de casa sin su licencia, y cuando ya caen agobiados del peso de sus enfermedades en el triste lecho de la muerte, los visita penetrado de sentimiento de no poder darles
la salud; los consuela con lo más afectuoso de la caridad; llora sobre estos hijos pródigos, no por los disgustos que han causado á su persona y familia, sino por su miseria y ruina; y celebra por ellos solemnes exequias, que les abrevien la entrada en los descansos de la gloria. ¿Visteis un conquistador que enagenado con la alegría de ceñir su frente de laureles camina sobre la sangre de los vencidos sin oir los clamores de los infelices que lleva atados al carro de su triunfo? pues así, aunque con distinto objeto, me figuro á Calasanz. Sordo á los libelos mas infamatorios, y casi insensible á los gritos de la sátira y burla, se deja ver risueño en lo exterior, y en su corazón recibiendo enhorabuenas la humildad por la victoria, que contra su natural temperamento acababa de lograr la paciencia; ¡pero qué paciencia! no fingida, orgullosa, violenta; sino ingénua, voluntaria, evangélica; no una paciencia de interés ó hipocresía; sino en grado heroico; pues á tanto se extendía; é hija de la gracia; pues tan noble era su origen; no una paciencia estólica, que á pesar de su sabiduría, hubiera permitido que los clamores de la naturaleza prevalecieran contra el dictámen de la razón y que la inocencia se presentara ante la ley para vengar los crímenes que se complacieron en atropellarla; sino la de un Santo, la de un gran Santo, cuyos pasos dirige la virtud en busca de la reconciliación y afecto de los traidores y homicidas de su honor é instituto, cuyas manos reputa ociosas cuando no las emplea en pedir al cielo y la tierra derraman favores en obsequio de los mismos que empleaban las suyas en derramar improperios sobre su casa y familia; cuyas ansias de imprimir en su corazón la imagen de la cruz y del Crucificado transforman á un hombre débil y anciano, en un héroe invencible en el sufrir, cualquiera que sea el día, el año y los lances en que se le persiga, y en un famoso conquistador del reyno de los Cielos.

Cristianos, Calasanz de quien os hablo es un puñado de polvo y ceniza, ó un espíritu bajado de las re-
giones de la inmortalidad? Ah! es un hombre aun, pero que pronto será colocado entre los espíritus abrasados en la hoguera inextinguible de la caridad. Sí, Josef morirá respirando en todas sus acciones, palabras y hasta el último aliento la llama de aquel amor, que encendido en su corazón por el Espíritu Santo desde que vino al mundo, lo conservó aumentando de cada día el ardor de sus llamas hasta salir del mundo; Josef morirá no solo con la dulce esperanza, sino con la certeza de que el árbol de su instituto cortado tantas veces, brotará de nuevo con mayor vigor y hermosura, y que el Cielo le concederá la dicha que le negó la tierra de ver multiplicarse los Colegios, maestros y niños, como así en efecto se verificó. Gloria á Dios, y gracias á Clemente IX, que restituyó la vida á la tierna madre que por tanto tiempo lloró difunta su primogénito Calasanz. Oh! qué consuelos anticipados, que si bien pequeños arroyos, pronto se sumergirán en aquel caudaloso río de inextingibles consuelos que baña los muros de la Sion celestial: Josef, en fin, morirá; pero su gloria no quedará envuelta con él en el sepulcro; desde los profundos senos de la tierra hablará, y la enfermedad y el dolor obedecerán su voz en premio de la fe de los que le invocaron en la tribulación.

Os parecerá, cristianos, que aquí se concluye el elogio de Josef, y que el hermoso cuadro de su vida lo voy á acabar con la última pincelada de la muerte. Nada menos, os he bosquejado á Josef trabajando en su santificación propia y en la agena por medio de las virtudes y egemplo, llenando todo el sentido de las palabras de la primera parte, qui fecerit; ahora os lo propondré enseñando á la juventud las sencillas lecciones que se dirigen á la cultura del entendimiento, hermanadas con las sublimes que facilitan el conocimiento de la Religión; bien seguro, de que en esta segunda parte, et docuerit, no aparecerá menos grande que en la primera, pudiendo por ambas llamarse grande en el reyno de los Cie-

los: Hic magnus vocabitur in regno Cælorum.
Aunque las Escuelas Pías tenían abiertas sus puertas á la filosofía, matemáticas, teología y demás ciencias que ilustran el entendimiento, aclaran los misteriosos secretos de la fe, y facilitan el camino á otras verdades igualmente útiles que agradables; sin embargo como el cuidado, instrucción y perfección de los niños en el leer, escribir, contar, humanidades, doctrina cristiana y ejercicios de piedad eran el principal carácter de Josef y la voluntad terminante del Cielo; por esto, dejando yo á la historia el cuidado de transmitir á la posteridad la memoria de los consumados discípulos y más aventajados maestros, que en dichas facultades salieron de sus Colegios y seminarios para las Universidades, claustros y academias de los Príncipes, acompañados de un mérito extraordinario y de unos aplausos tanto más verdaderos, cuanto que los daban el protestante y herege, gloríándose de servir de trofeo al triunfo que de su obstinación en el error habían conseguido tan hábiles y pia­dosos doctores; me limitaré á hablaros de los trabajos y gloria de Josef rodeado de parbulitos pidiéndole aquel pan de doctrina, que con tanta ansia desean, la razón para sacudir sus tinieblas, y la Religión para ser amada casi antes de ser conocida, distribuyéndolo sin interrupción, y continuando en este penoso ejercicio hasta la avanzada edad de 92 años, inundado en sus mayores delicias por haber nacido con tan feliz propensión á la caridad. En efecto, viendo por una parte que las fuentes que debían dar aguas abundantes para toda clase de niños sedientos de la ilustración, las negaban á aquellos miserables que por falta de recursos y de una mano benéfica que mejorase sus inclinaciones y costumbres, se abrasaban cual tierra árida y seca sin cultivo y sin riego en el fuego de la disolución y del escándalo, y por otra parte que según una voz interior, el consejo de varones doctos y santos, y las misteriosas visiones en Urgél y Roma, él era el escrito en el libro eterno de los destinos.
para padre, conductor y guía de huérfanos desamparados, como buen ciudadano y mejor cristiano sale de su pobre morada agitado de un superior impulso que aprobó Clemente VIII, pasa el Tiber en cuyos barrios era más crecido el número de las infelices víctimas de la ignorancia y desenfreno; y ayudado de tres respetables Sacerdotes los arranca de las manos de la seducción y del vicio, transformando en menos de un año su rusticidad en modales, su estupidez en luces, su flogedad en aplicación, y en una naturaleza virtuosa la que antes era corrompida.

De Santa Dorotea, sitio feliz de los primeros ensayos de su celo, y siempre memorable por haber sido la cuna del instituto, vuelve Josef á Roma como un rayo á tender por sus cuatro ángulos este mismo fuego de una caridad que todo lo emprende y todo lo sufre, porque es activa, paciente y benigna; aquí se multiplican los niños hasta un número que es difícil contar; aquí es tan igual y constante la vigilancia de los maestros, que no es fácil discernir quién aventaja á los demás: aquí, en fin, Calasanz, Ángel tutelar de los huérfanos, superior y cabeza de los directores, mientras provee á aquellos de su dinero propio, de plumas, tinta, papel, muestras y alguna ropita, facilita á estos limosnas, habitación y sustento. ¡Patria, empieza desde hoy á respirar! tú veías con dolor cubiertas las calles y plazas de centenares de niños que nacidos para tu seguridad y defensa serian algun día tus ladrones y homicidas por falta de instrucción en los deberes del hombre en sociedad, ya hay quien les abre este camino tan poco trillado por desgracia: Calasanz entra por él acompañado de un enjambre de muchachos, insensiblemente les conduce hasta el pie del Trono para que aprendan la obediencia al Gobierno; les manifiesta las relaciones recíprocas de los miembros del cuerpo moral de una nación entre sí y con la cabeza para que á todos amen, á nadie ofendan, y sin perjuicio de la sumisión á los padres, respeten á los magistrados; y de unos seres inútiles, tal vez perjudiciales al estado, da á la industria, al comercio, á
la agricultura; á las bellas artes modelos de inteligencia, aplicación y lustre en cada uno de tan importantes ramos. ¡Religion, tú llorabas al ver rodar por paseos y mercados muchas piedras que trabajadas y pulidas con el martillo y cincel de la sabiduría y virtud, podían servir al grandioso edificio del Santuario! enjuga tus lágrimas: Calasanz, pinta tan al vivo la hermosura del rostro Celestial de la hija querida de Sion, y el horroroso aspecto del común enemigo, que muchos niños todavía ignoran el pecado y ya le aborrecen, aun no saben qué es la gracia de la vocación, y ya desean sentir sus dulces impresiones: Calasanz les descubre con tanta vehemencia los peligros del trato frecuente del mundo y las ventajas del retiro y trato con el cielo, que mientras unos se esconden y se puelen en la obscuridad de los claustros, otros, sin huir de la vida activa en los diferentes estados del siglo, conservan con su aversión á los espectáculos y disipaciones del siglo, casi el mismo espíritu de devoción y piedad que habita en los claustros.

Pero era naturalmente demasiado grande el corazón de Josef, y mayor su deseo de la felicidad de la juventud para que pudiera contenerlo dentro de los muros de Roma, y aun de Italia, aunque abastecida ya de diferentes escuelas con competente número de maestros; y presentándose de nuevo á su imaginación acalorada la lúgubre imagen de la pobreza infantil errante por varias calles de la Europa, seducida del ocio y libertad, funestas consecuencias del abandono de unos padres, que parece dan la vida á sus hijos solo para que la pierdan después en las cárcel y suplicios; despacha á Sicilia, Venecia, Lombardía, Polonia, Ungría y Moravia operarios dotados de virtud, celo y sabiduría, que la recogan, y con los socorros de la caridad y los auxilios de la educación la salven de los riesgos del cuerpo y alma á que vivia expuesta por la ignorancia y malicia, compañeras casi siempre inseparables de la pobreza; y era tan abundante la mies y de tanta utilidad al Estado y la Iglesia este género de semilla, aunque esparcida en terreno árido y pedregoso, y otra todavía mas superior,
que voluntariamente sembraban los maestros egerciendo los ministerios sagrados, convirtiendo hereges, y preparando catecúmenos, que Obispos, Magistrados, Cardenales y Príncipes no cesaban de pedir á Calasanz mas y mas operarios, de cuya verdad sirva por de pronto la respuesta que dió Josef al P. Melchor Alachí en estas pocas, pero consoladoras palabras: si me hallase con diez mil Religiosos, los podría repartir todos en un mes en las partes donde me los piden con grandísima instancia. ¡Oh trabajos y gloria del Fundador y General de las Escuelas Pías! trabajos contínuos y siempre deseados; gloria tantas veces recobrada con aplausos, mayores que los desprecios con que fue invadida.

Pero ¿qué teatro, direis, para ostentar fatigas y lu­cimientos el breve círculo de unas desaliñadas escuelas, de unos niños todavía mas pobres, y de unas luces que apenas se perciben entre la obscuridad de unos débiles talentos? El saber formar con la pluma caracteres y rasgos por gallardos que sean, el soltar la lengua con expedicion en cláusulas y períodos; el decorar los preceptos de la gramática, retórica y álgebra; unos alumnos miserables que á nada contradicen, todo lo sufren sin réplicas ni argumentos, y viven alegres con solo no ver triste el rostro de sus maestros; una cierta fórmula de orar asociada á algunos ejercicios de devoción popular; ¿cuándo han sido materia de sudores, campo para las virtudes, ni objetos dignos de un elogio extraordinario para los maestros? ¡Insensatos! cómo se conoce que no os habeís internado en esas mansiones de la caridad, que por demasiado lúgubres á vuestra imaginacion pre­ocupada, habeís mirado siempre con indiferencia á lo menos. Entrad en ellas, políticos estadistas, y vereis que de esas, que llamais menudencias y pequeñeces en los rudimentos y progresos en leer, escribir, latinidad, retórica, matemáticas y aritmética, han salido aquellos ingenios tan hábiles en disponer de los gabinetes y de la suerte de las naciones: entrad, sabios presumidos, y veréis, que los doctores que han agotado las fuentes de las ciencias profana y sagrada, han bebido primero en esos
que llamais despreciables arroyos: entrad, genios indígestos, á quienes todo incomoda y disgusta, y vereis una paciencia, una inalterable paciencia en los maestros á prueba de toda contradicción; contradicción por la diversidad de genios y temperamentos de los educandos; por la desigualdad de edades y nacimientos; por su emulación recíproca en el adelantamiento de las letras; por los zelos de los indolentes contra los aplicados; por la rusticidad, en fin, de muchos padres, que contentos con desprenderse del peso de la educación de sus hijos, quisieran lograrla aun sin la menor corrección o castigo. Entrad, críticos impíos, que os mofáis de ciertas prácticas y fórmulas de piedad y devoción como ajenas del estudio; y solo propias para formar corazones débiles y apocados; y vereis que el enseñar á los niños á ser afables, atentos, comedidos; á reprimir el genio, mortificar las pasiones, obedecer á las leyes y á los que las dictan; rezar el rosario, frecuentar sacramentos, cantar el oficio de la Virgen, oír la divina palabra, y asistir diariamente al sacrificio del altar, no degradan, antes ennoblecen la dignidad del hombre, y son el fundamento de aquella sabiduría, que elevada después á mayores conocimientos, feliz resultado de los primeros de la escuela, edifica las familias, puebla los claustros, santifica el mundo, y alegra á los cielos. ¡Incrédulos! que sin haberlo probado siquiera por un instante, dudais del grave peso que abruma los hombros de los maestros al soportar las flaquezas de sus discípulos: entrad, y vereis las continuas y espinosas obligaciones impuestas por el Eterno á la vigilancia tutelar; ya en la formación de un sistema armonioso de autoridad y disimulo, de entereza y cariño, que vaya acorde con el respeto y amor, gratitud y obediencia de los pupilos; ya en que en la edad de las distracciones, primer tipo de la flaqueza humana, cuando empieza á encenderse en la juventud el fuego de las pasiones, no solo se valgan sus ayos de todos los recursos de la discreción, humildad, condescendencia, premio y castigo; sino que los empleen con oportunidad y de un modo que aprovechen á todos, siendo diferen-
te el modo de aplicarlos á cada uno. Espíritus soberbios, entrad, y vereis brillar entre el polvo y el humo de las escuelas la faz hermosa de la humildad en un sacerdoc-te especialmente, que mientras los compañeros, concluidos sus destinos, salen á visitar enfermos y consolar afligidos, él toma una escoba, barre el suelo, sacude las paredes, corta plumas, provee de tinta y papel, acompaña á los niños por las calles sin otra insignia de autoridad que una débil caña, no se desdeña formar con ellos un coro de alternativa alabanza al Señor y su Madre, sufre alegre las insultas mofas de los libertinos y vuelve solo á su retiro á llorar los que la humildad misma le representaria defectos en su obligación: ¿conoceis á ese venerable anciano agoviado con el peso de 90 años y sin ningun mérito á vuestros ojos? pues sabed, que ese renunció un Canonico en Sevilla, dos Obispados en España, y el Arzobispado de Brindis; sabed, que con lágrimas y repetidos ruegos alcanzó no vestir dos veces la púrpura Cardenalicia, que le ofrecieron Paulo V y Gregorio XV, y que siendo un pobre maestro de niños pobres tambien, le detuvo aquel Pontífice en la calle te-niendo en su conversación las mayores delicias; dignación que admiró la corte, pero digna de sus relevantes méritos; en una palabra, ese es el mismo Calasanz, Fundador á mas y General de aquellos súbditos regentes de las aulas á donde os he introducido. ¿Os llenais de asom-bro? ¿abjurais vuestros errores sobre el instituto y los que le profesan? ¿confesais que los depositarios de las mas dulces esperanzas y de los mas importantes consuelos se ven precisados á levantar un tribunal severo en sus con-ciencias para no hacerse responsables á las familias, á la Patria y á Dios de los extravíos y disoluciones de sus educandos? ¿Confesais que entre una multitud de niños en quienes se advierte una locuacidad sin límites ó un profundo silencio; una viveza impetuosa que no conoce freno, ó una inacción que no admite estímulos; un te-mor lleno de dificultades é irresoluciones, ó una exce-siva confianza sostenida del amor propio; una propension al estudio y trabajo, ó una estrecha amistad con las di-
versiones y el ocio: confesáis, repito, que para conciliar extremos tan opuestos, buscando un medio que coloque á la razón y la virtud en su lugar propio sin degenerar en despotismo ó insensibilidad, y chocando cada día en los padres opuestos entre sí, y con los maestros en el rumbo de la educación, y en el equilibrio que exige la diversidad de genios y caracteres de los jóvenes, se necesita de un gran fondo de juicio y probidad, de sufrir fatigas inmensas y de ofrecer contínuos sacrificios aun de la salud y de la vida? pero, cristianos, ¿cómo no habían de conocer y confesar estas verdades, roto ya por la mano de la experiencia el cendal de la preocupación, que les impedia ver la grandeza de estos misterios político-morales, y la confusión y oprobio de cuantos después de haberlos sondeado, se resistieron no obstan-te á pagar el justo tributo de admiración y gratitud á sus dispensadores? En efecto, yo les veo salir de esos asilos de la beneficencia trocadas las ideas y pasmados al oir á Calasanz, que desde una pobre silla habla así á los respective profesores con las mas tiernas emociones del corazón: Custodios de la juventud desvalida, que llamados del cielo cooperais á los designios de la Providencia, procurad unir la gravedad de maestros con la confianza de los discípulos; la afabilidad del trato con el respeto que ellos os deben; la mansedumbre del genio con la observancia de los mandatos; el rigor contra los contumaces con el perdón á los arrepentidos; aunque, separados del tumulto y agitación del siglo por una gracia especial, tengais siempre fija la memoria en el Dios del Calvario, no deis á los discípulos aquellas lecciones melancólicas y austéras, que asustan y acriman los inocentes desahogos de la voluntad, y las sutilezas y grácejos que suelen ser presagios de una alma fecunda á su tiempo en discursos sólidos: poned el mayor cuidado en halagarlos con la esperanza del premio, en celebrar los progresos de su entendimiento, y sobre todo en hacerles amable la Religión por los infinitos medios que proporciona de evitar la tiranía de las pasiones, la cruel peste del mal egemplo, y la caida en manos de la jus-
tica, que aun siendo sola la del mundo, los cubriría de infamia y desprecio; documento el más eficaz para quienes tanto atemoriza el castigo. Sí, la Religión, esa expresión viva de la santidad de su fundador, es la que debeis inculcar, porque sin sus máximas y preceptos, la razón más despejada se precipita en errores que envilecen, y el entendimiento más claro y perspicaz solo despiide vislumbres de falsa sabiduría, pero jamás todo el esplendor de la verdadera, que es el santo temor de Dios.

Aunque sin representación alguna en el teatro del mundo, ellos ocuparán algún día desde la primera hasta la última silla de la sociedad, en cuyos individuos estrecharán los lazos de la amistad y trato; hacedles pues concebir un odio eterno á la división de partidos, un cordial afecto á la paz y á la mútua concordia, máxima la más preciosa del Evangelio, y que levantará un monumento eterno á vuestra gloria, si como maestros sois los primeros en huir hasta de la sombra de resentimientos, ogerizas y antipatías recíprocas, que aunque confinadas al recinto de un claustro degradan el mérito de la beneficencia, y sirven de pretexto á los alumnos para justificar las suyas; el ejemplo es la elocuencia más persuasiva. Si como niños solo fijan la vista en los actos exteriores del culto, desempeñando sus ejercicios con aquella distracción y ligereza propias de la edad; advertidles, que las postraciones del cuerpo han de ir acompañadas del fervor del espíritu, y que durante el rosario, la misa y actos piadosos deben refrenar la vivacidad de los sentidos. Si una moral corrompida baste; son muy tibias mis expresiones, é inútiles todos los esfuerzos de mi gratitud y amor para referiros, con la extensión y dignidad que se merece, la gloria de Calasanz aun reducida á sola la calidad de maestro; ya en conciliarse el afecto de tantos discípulos divididos en sus ideas, pero acordes en venerar al que les facilita las suyas, y en sondear sus inclinaciones y genio infundiendo el espíritu de oración y retiro á los que deseaban entrar en el santuario; ya dictando reglas de polí-
tica y cultura, de modales urbanas y oficiosas á los que preveía se quedarían en el siglo; ya en informarse me-
nudamente de los abusos para corregirlos, no fuese que el descuido y disimulo introdujeran poco á poco la re-
lajacion de las costumbres; ya en desplegar aquella su-
perioridad de talento, aquel admirable conjunto de co-
nocimientos para saber sacar y valorar los quilates de unos entendimientos todavía en su infancia, para que en adelante sirvieran de alivio á la ancianidad de sus padres, de lustre á sus familias, de apoyo á la sociedad y de honor á la Religion.

Y con razón Calasanz, no solo encargaba á los maes-
tros inculcar los principios de la moral, y la lectura de aquellos preciosos libritos donde se halla lo verdade-
ro, lo útil y lo indispensable para la felicidad temporal y eterna; sino que él mismo era el primero y mas fre-
cuente en prevenir las consecuencias de una buena ó perversa educación; porque en primer lugar sabía, que si en la ley de Moysés se mandaba á los padres descor-
rer á sus hijos el velo de los ritos y ceremonias, que ocultaba los grandes objetos de su institucion, y refe-
rirles las maravillas, de que una en otra progenie ha-
bía obrado el Dios de Abrahan y Jacob sobre la nacion primogénita de sus cariños; en la de Jesucristo, ley de suavidad y de amor, que abrió las puertas del cielo cer-
radas hasta entonces, y abundante, no como Israel en sombras y figuras, sino en verdades y luces, ¿qué fati-
gas no debían tolerarse con el mayor gusto? ¿qué tareas, por fastidiosas que fuesen, no debían emplearse con la mayor actividad para suplir la falta de infinitos padres (falta que por desgracia lloraban los antiguos, y nosotros lloramos ahora) en instruir á los niños en la eficacia de los sacramentos, en la magestad del culto, y en la santidad de los misterios de la Iglesia? en segundo lugar, porque viendo Calasanz entonces, como lo vemos aún, muchos jóvenes insolentes, sin patria, sin costumbres, sin reli-
gion y sin Dios, que impelidos de sus vicios y orgullo se atreven á penetrar hasta el santuario para llamar á exámen los dogmas mas respetables, y que después de
bebí el tóisgo de la impiedad, esperan a que los niños dejen la escuela, crezcan y se entreguen al mundo para hacérselo tragar atraidos del encanto, de la novedad y del deleite; le pareció una obligación indispensable cortar con sus propias manos un contagio, que tan fácilmente se propaga, haciéndoles concebir un odio eterno a cuantos hablaran mal de las cabezas del Estado y de la Iglesia, de las virtudes de los santos, y de los medios de adquirirlas, y a cuantos vacilasen entre la fe y el error, prefiriendo leer ciertos libritos pequeños en el volumen, pero grandes en la iniquidad, a los que descubren las llagas del pecado y el bálsamo divino que las cura. En tercer lugar, porque Calasanz, si bien no ignoraba que los niños por la condición de la humana naturaleza se dejan ver en sus primeros años, débiles en los órganos de sus miembros, y mucho más en las facultades del alma, tardos en producirse, lentos en el concebir, enemigos de la sujeción, opuestos a todo plan que contenga y regule sus acciones, y con una vivacidad que aun los juegos mismos no la fijan; no ignoraba tampoco, que según el orden de la gracia, gozaban de una dignidad poco menos que la de los Ángeles, que eran herederos de las promesas del Dios de Abrahán, sin que el pecado pudiera disputarles su posesión muriendo en brazos de la justicia original, y que en sus tiernos corazones residía el tabernáculo augusto de la divinidad; y este contraste de debilidad y flaqueza de un lado, y de otro de honor y de alegría, le empeñaba a trabajar de continuo por sí mismo en borrar las funestas impresiones de la carne, para que solo brillaran las del espíritu; en moderar el rigor de aquellas con el lenitivo de la discreción y prudencia, y en conservar la suavidad de estas con ejemplos instrucciones de piedad; en impedir, finalmente, a la rusticidad del entendimiento y a la malicia del corazón que no los despojaran de la investidura de la gracia, sus atractivos y privilegios con que habían entrado adornados en sus escuelas.

Cristianos, a vista de una relación, aunque tan sucinta, de las fatigas, destreza y actividad de Calasanz
en llevar adelante y hasta su mayor perfección la obra de la enseñanza pública, cuyo plan bajó del cielo para hacer feliz la tierra: ¡cuán poca cosa, cuán nada me parecen Séneca, Platon, Pitágoras y otros filósofos de la antigüedad! Atenas, Roma y Corinto en medio de sus pórticos y liceos no produjeron un sabio como Calasanz: soberbios criaban á sus oyentes en la cuna y con la leche de la vanidad y orgullo: Calasanz humilde sacaba para los suyos, de la cuna de la pobreza, instrucciones sobre la nada y la miseria del hombre: ignorantes de los sagrados derechos del Autor de la naturaleza y de la gracia, les era imposible señalar las infinitas relaciones de las criaturas entre sí y con el Criador: Calasanz, penetrado de los profundos respetos que sus discípulos debían al Ser Eterno y de los de la caridad á sus próximos en cualquiera condición y edad, les recordaba fácilmente los poderosos motivos de amar, primero al que les dió la vida, y después á los que eran imágenes suyas y heredadas de su mano: perdidos en el intrincado laberinto de infinitas cuestiones inútiles y sin fruto no acertaban á salir de él, sino por la delicadeza de sus sofismas y abriendo nuevos caminos á la razón, que ciega no podía menos de caer en los mismos lazos de la incertidumbre del error que preparaban al pueblo: Calasanz, satisfecho con las máximas del Evangelio y los dogmas de la revelación, sin fatigar la memoria y la capacidad de los niños, sin arredrarlos con la multitud de ideas y discursos atrevidos, les hacía comprender las verdades más interesantes y sublimes: ciegos, aunque se creían más ilustrados acerca del origen de los males físicos y morales del hombre, los atribuían á principios inciertos, caprichosos y diferentes en cada secta, por esto sus remedios se resentían de los mismos achaques y debilidades; y en vez de cicatrizar las llagas de la naturaleza corrompida, las enconaban más: Calasanz atraviesa los siglos, sube hasta la edad primera, ve que de la culpa original manan los trabajos del cuerpo y los extravíos del espíritu, sin que en las aguas del bautismo quedase ahogada la concupiscencia, y descubriendo á los pequeñuelos que
poco antes habían recibido la gracia de la regeneración.

los profundos secretos de la Providencia, les previene con documentos de salud y de temor para que si como hijos de Adán prevaricador habían nacido en pecado y entre las cadenas de la esclavitud, como hijos de Dios redentor debían evitar las consecuencias del pecado y gozar de la libertad que les mereció su pasión. Oh! qué lecciones! ¡qué gloria para el que las dictó! ¡qué utilidades para los que las oyeron! ¡dichosos jóvenes del siglo 16 y 17! Pero no envidieis su suerte los del siglo 19: Calasanz aun vive; su espíritu descansa sobre todas las Escuelas Pías, comunicando á los maestros una gran parte de aquellas riquezas de discreción y prudencia, de mansedumbre y piedad, que eran sin advertirlo él, el mayor realce de su talento y las mayores delicias de su corazón. Entrad, pues, en las de Valencia con aplicación, confianza y docilidad, que á las puertas os esperan religiosos, émulos de la sabiduría, vigilancia y caridad de su santo Fundador, de cuyo instituto se puede decir ahora lo que en Roma respondió Paulo V al Príncipe Pereti: *Esta Congregación, ó Príncipe, debían desechar hasta los Turcos*; y de sus individuos lo que en San Pantaleon el Ilmo. Séneca, cuando levantando las manos al cielo, concluida la visita de órden de Urbano VIII, se despidió con estas pocas pero consoladoras palabras: *Dichosos vosotros si tuvierais el don de la perseverancia.* Entrad pues, repito, jóvenes, cualquiera que sea vuestra condición próspera ó miserable; pero para que el mundo necio os vea salir instruidos; el mundo indolente aplicados; el mundo sensual castos; el mundo corrompido santificados; el mundo indócil y rebelde á los misterios de la revelación, obedientes bajo el suave yugo de la religión; para que, en fin, cumpliendo exactamente todos los deberes de vuestra vocación, pueda Josef de Calasanz abrazar por compañeros suyos en la gloria á los que como discípulos suyos amó en la tierra. Amen.